



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO CASTELLANOS"  
1846, 1825 MONTERREY, MEXICO

XI

Orso tardó en dormirse, y por consecuencia se despertó tarde, al menos para un corso. Apenas levantado, el primer objeto que vieron sus ojos, fué la casa de sus enemigos y las defensas que habían establecido. Descendió y preguntó por su hermana.

—Está en la cocina fundiendo balas, le respondió la criada Saveria.

Así, no podía dar un paso sin ser perseguido por la imagen de la guerra.

Encontró á Colomba sentada en un escabel, rodeada de balas nuevamente fundidas, cortando el plomo.

—¿Qué diablo estás haciendo? le preguntó su hermano.

—No teniais balas para el fusil del coronel, respondió con su dulce voz; he encontrado un molde de calibre, y tendréis hoy veinticuatro cartuchos, hermano mío.

—¡No los necesito, gracias á Dios!

—Es preciso no estar desprovisto, Ors' Anton'. Habéis olvidado vuestro país y la gente que os rodea.

—Si lo hubiese olvidado, tú te encargarías de

recordármelo muy pronto. Dime, ¿no llegó hace días una maleta grande?

—Sí, hermano mío. ¿Queréis que yo la suba á vuestro cuarto?

—¡Tú subirla! pero si no tendrías fuerza para levantarla... ¿No hay aquí ningún hombre que lo haga?

—No soy tan débil como pensáis, dijo Colomba, remangando sus mangas y descubriendo un brazo blanco y redondo, perfectamente formado, pero que anunciaba una fuerza poco común. Vamos, Saveria, dijo á la criada, ayúdame.

Ya levantaba sola la pesada maleta, cuando Orso se apresuró á ayudarla.

—Hay en esta maleta, mi querida Colomba, dijo, algo para ti. Me dispensarás si te hago tan pobres obsequios, pero la bolsa de un teniente á medio sueldo no está muy repleta.

A medida que hablaba, abría la maleta y sacaba algunos trajes, un chal y otros objetos para uso de una joven.

—¡Qué cosas más bonitas! exclamó Colomba. Voy á guardarlas muy pronto por temor á que se manchen. Las reservaré para mi boda, agregé con una sonrisa triste, porque ahora estoy de luto.

Y besó la mano de su hermano.

—Hay afectación, hermana mía, en guardar el luto tanto tiempo.

—Lo he jurado, dijo Colomba con tono firme. No me quitaré el luto...

Y miró por la ventana la casa de los Barricini.

—¿Hasta el día que te cases? dijo Orso, procurando evitar el fin de la frase.

—Yo no me casaré, dijo Colomba, sino con un hombre que haya hecho tres cosas...

Y seguía contemplando con aire siniestro la casa enemiga.

—Me admira, Colomba, que siendo tan bonita no estés ya casada. Vamos, me dirás quién te hace la corte. Por otra parte, yo oiré las serenatas. Es preciso que sean bonitas para agradar á una gran cantatriz como tú eres.

—¿Quién quiere á una pobre huérfana?... Y además, el hombre que me haga quitar el luto lo hará poner á las mujeres de enfrente.

—Eso se convierte en locura, se dijo Orso.

Pero no respondió nada para evitar toda discusión.

—Hermano mío, dijo Colomba con un tono de mimo, yo también tengo algo que ofrecer. Los trajes que traéis son demasiado buenos para este país. Vuestra linda levita se haría girones guardarla para cuando venga miss Nevil.

Y abriendo un armario sacó un traje completo de cazador.

—Os he hecho una chaqueta de terciopelo, y he aquí un gorro como los que llevan nuestros elegantes; lo bordé para vos hace mucho tiempo. ¿Queréis probároslo?

en dos días si la llevaseis al monte. Es necesario Y le hacía vestir una larga chaqueta de terciopelo verde con un enorme bolsillo en la espalda. Le puso en la cabeza un gorro puntiagudo de terciopelo negro bordado en azabache y seda del mismo color, y terminado en una especie de borla.

—He aquí la cartuchera de nuestro padre, dijo ella; su estilete está en el bolsillo de vuestra chaqueta. Voy á buscaros la pistola.

—Me parezco á un verdadero bandido del Ambigu-Cómico, decía Orso mirándose en un pequeño espejo que le presentaba Saveria.

—¡Es que tenéis buena figura para eso, Ors' Anton', decía la vieja criada, y el más hermoso

*pinsulto* de Bocognano ó de Bastelica no es más valiente!

Orso almorzó con su nuevo traje, y durante el almuerzo dijo á su hermana que su maleta contenía cierto número de libros; que su intención era hacerlos venir de Francia y de Italia, y de hacerla trabajar mucho.

—Porque es vergonzoso, Colomba, agregó, que una hermosa joven como tú no sepa aún cosas que, en el continente, aprenden los niños cuando los dejan las nodrizas.

—Tenéis razón, hermano mío, decía Colomba; yo se bien lo que me falta, y no deseo otra cosa que estudiar, sobre todo si queréis darme lecciones.

Pasaron algunos días sin que Colomba pronunciase el nombre de los Barricini. Estaba dedicada siempre á los pequeños cuidados de su hermano, y le hablaba con frecuencia de miss Nevil. Orso le hacía leer obras francesas é italianas, y estaba sorprendido unas veces, de la precisión y del buen sentido de sus observaciones, otras, de su profunda ignorancia de las cosas más vulgares.

Una mañana, después de almorzar, salió un instante Colomba, y, en lugar de volver con un libro y papel, apareció con su *mezzaro* sobre la cabeza. Su aire era aún más serio que de costumbre.

—Hermano mío, dijo, os ruego que salgáis conmigo.

—¿Adónde quieres que te acompañe? dijo Orso ofreciéndole su brazo.

—No necesito vuestro brazo, hermano mío, sino tomad vuestro fusil y vuestra cartuchera. Un hombre no debe salir nunca sin sus armas.

—¡Enhorabuena! Es preciso conformarse con la moda. ¿Dónde vamos?

Colomba, sin responder, ajustó el *mezzaro* alrededor de su cabeza, llevó al perro guardián, y salió seguida de su hermano. Alejándose á grandes pasos del pueblo, tomó un camino hondo que serpenteaba entre las viñas, después de haber enviado delante de ella al perro, al que hizo un signo que parecía le era muy conocido; porque en seguida se puso á correr formando zig zag, pasando por las viñas, tan pronto de un lado como de otro, siempre á cincuenta pasos de su dueña, y deteniéndose á veces en medio del camino para mirarla moviendo la cola. Parecía cumplir perfectamente sus funciones de explorador.

—Si Muschetto ladra, dijo Colomba, montad vuestro fusil, hermano mío, y quedaos inmóvil.

A una media milla del pueblo, después de muchos rodeos, Colomba se detuvo de repente en un sitio donde el camino formaba un recodo. Allí se elevaba una pequeña pirámide de ramaje, las unas verdes, otras desecadas, amontonadas á una altura aproximada de tres pies. En lo alto asomaba la extremidad de una cruz de madera pintada de negro. En algunos cantones de Córcega, sobre todo en las montañas, un uso muy antiguo, y que quizás se relaciona con las supersticiones del paganismo, obliga á los pasantes á echar una piedra ó una rama de árbol en el sitio donde ha perecido un hombre de muerte violenta. Durante muchos años, tantos como dure el recuerdo de su trágico fin en la memoria de los hombres, esta singular ofrenda se va acumulando de día en día. A esto se le denomina el *montón*, el *mucchio* de fulano de tal.

Colomba se detuvo ante este montón de follaje, y, arrancando una rama de madroño, la agregó á la pirámide.

—Orso, dijo, aquí es donde mataron á nuestro

padre. ¡Roguemos por su alma, hermano mío!

Y se arrodilló. Orso la imitó en seguida. En este momento la campana del pueblo sonó lentamente, porque un hombre había muerto aquella noche.

Orso rompió á llorar.

Al cabo de algunos minutos se levantó Colomba con los ojos secos pero el rostro animado. Hizo la señal de la cruz familiar á sus compatriotas y que generalmente acompaña á sus solemnes juramentos; después, arrastrando á su hermano, tomó el camino del pueblo. Entraron silenciosamente en su casa: Orso subió á su habitación. Un instante después le siguió Colomba, llevando un pequeño cofrecito que puso sobre la mesa. Lo abrió y sacó una camisa cubierta de grandes manchas de sangre.

—He aquí la camisa de vuestro padre, Orso.

Y la puso sobre sus rodillas.

—He aquí el plomo que le hirió.

Y puso sobre la camisa dos balas oxidadas.

—¡Orso, hermano mío! gritó precipitándose en sus brazos y estrechándolo con fuerza, ¡Orso! ¡tú lo vengarás!

Lo abrazó con una especie de furor, besó las balas y la camisa, y salió del cuarto, dejando á su hermano como petrificado en su asiento. Orso quedó algún tiempo inmóvil, no osando alejar de sí aquellas espantosas reliquias. Por fin, haciendo un esfuerzo, las colocó en el cofrecito y corrió al otro extremo de la habitación á echarse en su cama, con la cara vuelta hacia la pared, hundido en la almohada, como si quisiera sustraerse á la vista de un espectro. Las últimas palabras de su hermana resonaban sin cesar en sus oídos, y le parecía escuchar un oráculo fatal, inevitable, que le pedía sangre, y sangre inocente. No intentaré traducir las sensaciones del desgraciado

joven, tan confusas como las que pueblan el cerebro de un loco.

Estuvo mucho tiempo en la misma posición, sin atreverse á volver la cabeza. Por fin se levantó, cerró el cofrecito, y salió precipitadamente de su casa, corriendo por el campo y marchando ante sí sin saber dónde iba.

Poco á poco el aire lo alivió; se calmó, y examinó con alguna sangre fría su posición y los medios de salir de ella. Ya sabemos que él no sospechaba que los Barricini fuesen los matadores; pero los acusaba de haber supuesto la carta del bandido Agostini; y esta carta, al menos casi lo creía, había causado la muerte de su padre. Perseguirlos como falsarios, comprendía que era imposible. A veces, si las conjeturas ó los instintos de su país volvían á asaltarle y le mostraban una fácil venganza á la vuelta de un sendero, los desechaba con horror pensando en sus camaradas de regimiento, en los salones de París, sobre todo en miss Nevil. Después pensaba en los reproches de su hermana, y lo que restaba de corso en su carácter justificaba estos reproches y los hacía más punzantes.

Una sola esperanza le quedaba en este combate entre su conciencia y sus suposiciones, y era, entablar, bajo cualquier pretexto, una querrela con uno de los hijos del abogado y batirse en duelo con él. Matarlo con una bala ó con una estocada conciliaba sus ideas corsas y sus ideas francesas. Aceptado el pensamiento, y meditando los medios de ejecución, se sentía ya aliviado de un gran peso, cuando otros pensamientos más dulces contribuyeron aún á calmar su febril agitación. Cicerón, desesperado de la muerte de su hija Tullia, olvidó su dolor repasando en su espíritu todas las bellas cosas que podría decir á este respecto. Discurriendo así, M. Shandy se

consoló de la pérdida de su hijo. Orso se refrescaba la sangre pensando que podría hacer á miss Nevil un cuadro del estado de su alma, cuadro que no dejaría de interesar poderosamente á esta bella persona.

Se aproximaba al pueblo, del que se había alejado mucho sin darse cuenta, cuando oyó la voz de una niña que cantaba, creyéndose sola sin duda, en un sendero al borde del bosque. Era ese aire lento y monótono consagrado á las lamentaciones fúnebres, y la niña cantaba: «Para mi hijo, mi hijo, en lejano país—guardad mi cruz y mi camisa sangrienta»...

—¿Qué canto es ese, pequeña? dijo Orso con tono de cólera, apareciendo de repente.

—¡Sois vos, Ors' Anton'! exclamó la niña algo asustada... Es una canción de la señorita Colomba...

—Te prohíbo que la cantes, repuso Orso con tono terrible.

La niña, volviendo la cabeza á derecha é izquierda, parecía buscar por donde podría escaparse, y sin duda hubiera huído si no la retuviera el cuidado de conservar un grueso paquete que se veía á sus pies en la hierba.

Orso se avergonzó de su violencia.

—¿Qué llevas ahí, pequeña? le preguntó lo más dulcemente que pudo.

Y como Chilina titubeaba en responderle, levantó la tela que envolvía el paquete y vió que contenía un pan y otras provisiones.

—¿A quién llevas ese pan, bonita? le preguntó.

—Vos lo sabéis muy bien, señor; á mi tío.

—¿Y tu tío, no es bandido?

—Para servirlos, señor Ors' Anton'.

—Si los gendarmes te encontrasen, te preguntarían dónde vas...

—Yo les diría, respondió la niña sin vacilar, que llevo comida á los Luques que talan el bosque.

—¿Y si encontrases algún cazador hambriento que quisiese comer á tu costa y te cogiera las provisiones?...

—No se atrevería. Yo diría que son para mi tío.

—En efecto, no es hombre que se deje quitar su comida... ¿Te quiere mucho tu tío?

—¡Oh! sí, Ors' Anton'. Desde que murió mi padre, cuida de la familia, de mi madre, de mí, y de mi hermanita. Antes de que mamá estuviese enferma, la recomendaba á los ricos para que le diesen trabajo. El alcalde me da un vestido todos los años, y el cura me enseña el catecismo y á leer desde que mi tío les ha hablado. Pero sobre todo vuestra hermana es la mejor para nosotros.

En este momento apareció un perro por el sendero:

La niña, llevando dos dedos á su boca, dejó oír un agudo silbido: en seguida el perro acudió á ella y le hizo caricias, internándose bruscamente en el bosque. Muy pronto dos hombres mal vestidos, pero bien armados, se levantaron de detrás de un cepellón á pocos pasos de Orso. Se hubiera dicho que hubieran avanzado arrastrándose como culebras en medio de la maleza de cistos y mirtos que cubría el terreno.

—¡Oh! Ors' Anton', sed bien venido, dijo el más viejo de los dos hombres. ¡Y qué! ¿no me reconocéis?

—No, contestó Orso mirándolo fijamente.

—¡Es gracioso ver cómo una barba y un gorro puntiagudo desfiguran á un hombre! Vamos, mi teniente, mirad bien. ¿Habéis acaso olvidado á los viejos de Waterlloo? ¿No os acordáis ya de

Brando Savelli, que disparó más de un cartucho á vuestro lado en aquel día de desgracia?

—¡Cómo! ¿eres tú? repuso Orso. ¡Y desertastes en 1816!

—Como lo decís, mi teniente. Diantre, el servicio cansa, y además tenía que arreglar una cuenta en este país. ¡Ah! ¡ah! Chili, tú eres una niña valiente. Sírvenos pronto, porque tenemos hambre. No podéis figuraros, mi teniente, cuánto apetito produce el bosque. ¿Quién nos envía eso, la señorita Colomba ó el alcalde?

—No, tío mío; es la molinera que me ha dado eso para usted y un cobertor para mamá.

—¿Qué es lo que ella desea de mí?

—Dice que sus Luques, que ha tomado para talar, le piden ahora treinta y cinco sueldos y las castañas, á causa de la fiebre que hay en los llanos de Pietranera.

—¡Los holgazanes!... Yo veré.—Sin cumplidos, mi teniente, ¿queréis compartir nuestra comida? Nosotros las hemos hecho juntos más malas en tiempo de nuestro pobre compatriota que se ha reformado.

—Muchas gracias.—Me han reformado á mí también.

—Sí, lo he oído decir; pero apuesto á que no os ha disgustado mucho. Es cosa de arreglar vuestra cuenta.—Vamos, cura, dijo el bandido á su compañero, á la mesa. Señor Orso, os presento al señor cura, es decir, yo no se si es cura, pero ha estudiado.

—Un pobre estudiante de teología, señor, dijo el segundo bandido, que no ha podido seguir su vocación. ¿Quién sabe? Yo hubiera podido ser papa, Brandolaccio.

—¿Qué causa ha privado, pues, á la Iglesia de vuestras luces? preguntó Orso.

—Casi nada, una cuenta que saldar, como dice

mi amigo Brandolaccio; una hermana mía que había hecho locuras mientras yo devoraba los libros en la universidad de Pisa. Me fué preciso volver al país para casarla. Pero el futuro, muy apresurado, murió de fiebre tres días antes de mi llegada. Me dirijo entonces, como hubiéseis hecho en mi lugar, al hermano del difunto. Se me dijo que estaba casado. ¿Qué hacer?

—En efecto, eso era embarazoso. ¿Qué hicisteis?

Estos son de esos casos en que hay que recurrir á la piedra de chispa.

—Es decir, que...

—Le metí una bala en la cabeza, dijo friamente el bandido.

Orso hizo un movimiento de horror. Sin embargo la curiosidad, y quizás también el deseo de retardar el momento en que sería preciso volver á su casa, le hicieron quedarse allí y continuar la conversación con estos dos hombres, cada uno de los cuales tenía en su conciencia por lo menos un asesinato.

Mientras que su camarada hablaba, Brandolaccio ponía delante de él pan y carne; se sirvió á sí mismo, y después separó la parte de su perro, que presentó á Orso bajo el nombre de Brusco, como dotado del maravilloso instinto de reconocer á un tirador bajo cualquier disfraz. Por último, cortó un pedazo de pan y una lonja de jamón crudo que dió á su sobrina.

—¡Qué hermosa vida la de bandido! dijo el estudiante en teología después de haber comido algunos bocados. Vos la probaréis algún día, señor della Rebbia, y veréis cuán dulce es no tener más amo que el propio capricho.

Hasta entonces, el bandido se había expresado en italiano; prosiguió en francés:

—La Córcega no es un país muy divertido para

un hombre joven; pero, ¡qué diferencia para un bandido! Las mujeres están locas por nosotros. Tal como me veis tengo tres novias en tres cantones diferentes. En todas partes estoy en mi casa. Y hay una que es la mujer de un gen-darme.

—Sabéis varios idiomas, dijo Orso con tono grave.

—Si hablo francés, es que, ved, *máxima debetur pueris reverentia*. Sabemos Brandolaccio y yo que la niña marcha bien.

—Cuando cumpla sus quince años, dijo el tío de Chilina, yo la casaré bien. Tengo ya un partido á la vista.

—¿Tú harás la demanda? dijo Orso.

—Sin duda. ¿Creéis que si digo á un rico del país: «Yo, Brando Savelli, vería con gusto que vuestro hijo se casase con Michelina Savelli», creéis que se haría el sordo?

—No se lo aconsejaría yo, dijo el otro bandido. El camarada tiene la mano un poco pesada.

—Si yo fuera un pícaro, prosiguió Brandolaccio, un canalla, un supuesto, no tendría más que abrir mi mochila y las monedas de plata lloverían en ella.

—¿Hay, pues, en tu mochila, dijo Orso, algo que las atrae?

—Nada; pero si yo escribiese á un rico, como hay quien lo hace: «Tengo necesidad de cien francos», se apresuraría á enviármelos. Pero soy un hombre de honor, mi teniente.

—¿Sabéis, señor della Rebbia, dijo el bandido que su compañero llamaba el cura, sabéis, que, en este país de costumbres sencillas, hay sin embargo algunos miserables que se aprovechan de la estimación que inspiramos debida á nuestros pasaportes (y mostraba su fusil), para girar letras de cambio imitando nuestra escritura?

—Lo sé, dijo Orso con brusco tono. ¿Pero qué letras de cambio?

—Hace seis meses, continuó el bandido, me paseaba por el lado de Orezza, cuando vino á mí un patán que de lejos se quita el gorro y me dice: «¡Ah! señor cura (ellos me llaman siempre así), perdonadme, dadme tiempo; sólo he podido encontrar cincuenta y cinco francos; pero, en verdad, es todo lo que he podido recoger. Yo todo sorprendido le dije: ¿Qué quiere decir, ¡engrudo! cincuenta y cinco francos?—Quiero decir sesenta y cinco, me respondió; pero los cien que me pedís, es imposible.—¡Cómo, bribón! ¿yo te pido cien francos? No lo entiendo». Entonces me entregó una carta, ó mejor dicho, un trapo viejo, todo sucio, por el cual le invitaban á depositar cien francos en un sitio que le indicaban, bajo pena de ver su casa quemada y sus vacas muertas por Giocanto Castriconi, este es mi nombre. ¡Y habían cometido la infamia de imitar mi rúbrica! Lo que me indignó más, fué que la carta estaba escrita en patuá, llena de faltas de ortografía... ¡Yo cometer faltas de ortografía! ¡yo que he ganado todos los premios de la universidad! Empiezo por darle una bofetada que le hizo girar dos veces sobre sí mismo. —«¡Ah! ¿Me tomas por un ladrón? ¡pícaro!» le dije, y le di un buen puntapié donde sabéis. Un poco calmado le dije: «—¿Cuándo debes llevar este dinero al lugar designado?—Hoy mismo.— ¡Bueno! llévalo».—Era al pie de un pino, y el sitio estaba perfectamente indicado. Lleva el dinero, lo entierra al pie del árbol y vuelve á mi lado. Yo estaba emboscado en los alrededores. Estuve allí con mi hombre seis horas mortales. Señor della Rebbia, hubiera estado tres días si hubiese sido necesario. Al cabo de seis horas, apareció un Bastaccio, un infame usurero. Se

baja para coger el dinero, hago fuego, y le había apuntado tan bien, que su cabeza descansó al caer sobre los escudos que desenterraba. «¡Ahora, bribón! dije al labriego, recoge tu dinero, y que no se te antoje más sospechar una bajeza Giocanto Castriconi».—El pobre diablo, todo tembloroso, recogió sus setenta y cinco francos sin tomarse el trabajo de limpiarlos. Me dió las gracias, yo le di un buen puntapié de despedida, y aun está corriendo.

—¡Ah!, cura, dijo Brandolaccio, te envidio aquel tiro. Te reirías mucho.

—Había atrapado al *Bastaccio* en la sien, continuó el bandido, y esto me recordó estos versos de Virgilio:

... Liquefacto tempora plumbo  
Diffidit, ac multâ porrectum extendit arenâ

¡*Liquefacto!* ¿Creéis, señor Orso, que una bala de plomo se funde por la rapidez de su trayecto en el aire? Vos que habéis estudiado balística, ¿podréis decirme si esto es un error ó una verdad?

Orso quería mejor discutir esta cuestión en física que argumentar con el licenciado sobre la moralidad de su acción. Brandolaccio, al que ésta disertación científica no entretenía mucho, le interrumpió para hacerle presente que el sol se ponía:

—Puesto que no habéis querido comer con nosotros, Ors' Anton', le dijo, os aconsejo no hagáis esperar más á la señorita Colomba. Además, no es bueno andar por los caminos cuando el sol se ha puesto. ¿Por qué salís sin fusil? Hay mala gente en las proximidades; tomad precauciones. Hoy no tenéis nada que temer; los Barricini llevan al prefecto á su casa; lo han en-

contrado en el camino, y se detiene un día en Pietranera antes de ir á poner en Corte una primera piedra, como se dice..., ¡una tontería! Duerme esta noche en casa de los Barricini; pero mañana estarán libres. Hay, Vicente que es muy tuno, y Orlanduccio que no vale mucho más... Procurad encontrarlos separados, hoy uno y mañana otro, pero desconfiad, no os digo más que eso.

—Gracias por el consejo, dijo Orso, pero no tenemos nada que tratar juntos; hasta que ellos no vengan á buscarme, no tengo nada que decirles.

El bandido sacó la lengua por un lado y la hizo dar contra su mejilla con un aire irónico, pero no respondió nada. Orso se levantó para partir:

—A propósito, dijo Brandolaccio, no os he dado las gracias por vuestra pólvora; me ha venido muy bien. Ahora nada me falta..., es decir, aún me faltan zapatos..., pero me los haré de la piel de un verraco uno de estos días.

Orso puso dos piezas de cinco francos en la mano del bandido.

—Colomba fué la que te envió la pólvora; toma para comprarte los zapatos.

—Dejaos de tonterías, mi teniente, dijo Brandolaccio devolviéndole las dos monedas. ¿Es que me tomáis por un mendigo? Acepto el pan y la pólvora, pero no quiero ninguna otra cosa.

—Entre antiguos soldados he creído que podían ayudarse. ¡Vamos, adiós!

Pero antes de partir, puso el dinero en la bolsa del bandido sin que lo notase.

—¡Adiós, Ors' Anton'! dijo el teólogo. Quizás nos encontremos uno de estos días en el bosque, y continuaremos nuestros estudios sobre Virgilio.



Hacia un cuarto de hora que Orso se había separado de sus honrados compañeros, cuando oyó á un hombre que corría detrás de él con todas sus fuerzas.

Era Brandolaccio.

—¡Es un poco fuerte, mi teniente, repuso sin aliento, un poco fuerte! Tomad vuestros diez francos. Si fuerais otro no pasaría por la picardía que habéis hecho. Muchas cosas de mi parte á la señorita Colomba. ¡Me habéis dejado sin aliento por la carrera que he tenido que dar para alcanzaros! ¡Buenas tardes!



## XII

Orso encontró á Colomba un poco alarmada por su larga ausencia; pero, al verlo, recobró ese aire de triste serenidad que era su expresión habitual. Durante la comida de la tarde, sólo hablaron de cosas indiferentes, y Orso, alentado por la calma de su hermana, le contó su encuentro con los bandidos y hasta

se atrevió á hacer algunos chistes sobre la educación moral y religiosa que recibía la pequeña Chilina por los cuidados de su tío y de su honorable colega el señor Castriconi.

—Brandolaccio es un hombre honrado, dijo Colomba; pero, de Castriconi, he oído decir que es un hombre sin principios.

—Yo creo, dijo Orso, que vale tanto como Brandolaccio, y Brandolaccio tanto como él. Uno y otro están en guerra abierta con la sociedad. Un primer crimen los arrastra cada día á otros crímenes; y sin embargo quizás no sean tan culpables como muchos que no habitan el bosque.

Un relámpago de alegría brilló sobre la frente de su hermana.

—Sí, prosiguió Orso; esos miserables tienen

honor á su manera. Es una preocupación cruel y no una baja avaricia la que los ha llevado á la vida que llevan.

Hubo un momento de silencio.

—Hermano mío, dijo Colomba sirviendo el café, ¿sabéis que Carlos-Bautista Pietri ha muerto la noche pasada? Sí, ha muerto de fiebres palúdicas.

—¿Quién es ese Pedro?

—Es un hombre de este pueblo, marido de Magdalena, la que recibió la cartera de manos de nuestro padre moribundo. Su viuda ha venido á rogarme que asista al velatorio y que cante algo. Conviene que vengáis también. Son vecinos nuestros, y es una atención de que no debe uno sustraerse en un pueblo pequeño como el nuestro.

—¡Al diablo tu velatorio, Colomba! No me gusta ver á mi hermana dar esos espectáculos en público.

—Orso, respondió Colomba, cada uno honra á sus muertos á su manera. La *ballata* nos viene de nuestros abuelos, y debemos respetarla como costumbre antigua. Magdalena no posee el *don*, y la vieja Fiordispina, que es la mejor cantatriz del país, está enferma. Es preciso alguien para la *ballata*.

—¿Crees tú que Carlos-Bautista no encontrará su camino en el otro mundo si no se cantan malos versos ante su ataúd? Ve á la velada si quieres, Colomba, yo iré contigo, si crees que debo hacerlo, pero no improvises; eso sería inconveniente á tu edad, y... te ruego me complazcas, hermana mía.

—Hermano mío, lo he prometido. Esta es la costumbre aquí, como sabéis, os lo repito, y no hay nadie más que yo para improvisar.

—¡Costumbre tonta!

—Sufro mucho cantando así. Eso me recuerda todas vuestras desgracias. Mañana estaré indispuesta; pero es preciso. Permitídmelo, hermano mío. Acordaos que en Ajaccio me digisteis que improvisara para distraer á esa señorita inglesa que se burla de vuestras antiguas costumbres. ¿No podré, pues, improvisar hoy para pobres gentes que lo agradecerán, y les ayudará á soportar su pena?

—Vamos, haz lo que quieras. Apuesto á que ya has compuesto tu *ballata*, y no quieres perderla.

—No, yo no puedo componerla anticipadamente, hermano mío. Me pongo delante del muerto y pienso en los que quedan. Las lágrimas acuden á mis ojos, y entonces canto lo que me viene al pensamiento.

Todo esto lo dijo con tal sencillez que era imposible suponer el menor amor-propio poético en la señorita Colomba. Orso se dejó doblegar y se dirigió con su hermana á la casa de Pedro. El muerto estaba tendido sobre una mesa, con la cara descubierta, en la habitación más grande de la casa.

Puertas y ventanas estaban abiertas, y varios cirios ardían alrededor de la mesa. A la cabecera del muerto estaba su viuda, y detrás de ella un gran número de mujeres ocupaban todo un lado de la habitación; en el otro lado estaban colocados los hombres, de pie, descubiertos, con la mirada fija en el cadáver, observando un profundo silencio. Cada nuevo visitante se aproximaba á la mesa, abrazaba al muerto, hacía una inclinación de cabeza á su viuda é hijo, y tomaba sitio en el círculo sin proferir una palabra.

Sin embargo, de cuando en cuando, uno de los asistentes rompía el solemne silencio para di-

rigir algunas palabras al difunto. «¿Por qué has abandonado á tu buena mujer?» decía una comadre. «¿No tenía para ti muchos cuidados? ¿Qué te faltaba? ¿Por qué no haber esperado un mes más? tu nuera te hubiera dado un hijo».

Un robusto joven, hijo de Pedro, apretando la fría mano de su padre, le dijo: «¡Oh! ¿por qué no has fallecido de la *malemort*? ¡Nosotros te hubiéramos vengado!»

Estas fueron las primeras palabras que oyó Orso al entrar. A su vista se abrió el círculo, y un débil murmullo de curiosidad anunció la expectación de la asamblea excitada por la presencia de la voceadora. Colomba abrazó á la viuda, tomó una de sus manos y quedó algunos minutos recogida y con los ojos bajos. Después echó hacia atrás su *mezzara*, miró fijamente al muerto, é inclinada sobre el cadáver, casi tan pálida como él, empezó así:

«¡Carlos-Bautista! ¡Cristo reciba tu alma!— ¡Vivir es sufrir. Vas á un lugar—donde no hay sol ni frío.—No necesitas ya tu podadera,—ni tu pesado pico.—No más trabajo para ti.—En lo sucesivo todos los días son domingo.—Carlos-Bautista, Cristo tenga tu alma!—Tu hijo gobierna tu casa.—Yo he visto caer el roble—seco por el Libeccio.—He creído que estaba muerto.—He vuelto á pasar, y de su raíz—salía un retoño.—El retoño se ha hecho un roble,—de vasta sombra.—Bajo sus fuertes ramas, Magdala, reposa,—y piensa en el roble que ya no existe.»

Al llegar á este punto Magdalena empezó á llorar muy fuerte, y dos ó tres hombres que en caso preciso hubieran tirado sobre cristianos con la misma sangre fría que si fueran perdices, se pusieron á limpiarse gruesas lágrimas que corrían por sus tostadas mejillas.

Colomba continuó así durante algún tiempo,

dirigiéndose tan pronto al difunto, tan pronto á la familia, y á veces, por una prosopopeya frecuente en las *ballatas*, haciendo hablar al mismo muerto para consolar á sus amigos ó darles consejos. A medida que ella improvisaba, su rostro tomaba una expresión sublime; su cutis se teñía de un rosa transparente que hacía resaltar más el brillo de sus dientes y el fuego de sus dilatadas pupilas. Parecía una pitonisa sobre su trípode. Salvo algunos suspiros y algunos gemidos ahogados, no se hubiera oído el más ligero murmullo en la multitud que se agolpaba á su alrededor. Aunque menos accesible que otro á esta poesía salvaje, Orso se sintió muy pronto víctima de la emoción general. Retirado en un obscuro rincón de la sala, lloró, como lloraba el hijo de Pietri.

De repente se sintió un ligero movimiento en el auditorio: se abrió el círculo y entraron varios extraños. Por el respeto que se les demostró, y por el apresuramiento que tuvieron en hacerles sitio, era evidente que se trataba de personas de importancia cuya visita honraba singularmente la casa. Sin embargo, por respeto á la *ballata*, nadie les dirigió la palabra. El que había entrado primero parecía tener unos cuarenta años. Su traje negro, su cinta roja encarnada, y el aire de autoridad y de confianza que se retrataba en su rostro, dejaban adivinar que era el prefecto. Detrás de él venía un viejo encorvado, de cutis bilioso, mal oculta bajo las gafas verdes su mirada tímida é inquieta. Llevaba un gabán negro que le estaba muy largo, y que, aunque nuevo aun, había sido hecho algunos años antes. Siempre al lado del prefecto, se hubiera dicho que quería ocultarse en su sombra. Seguían por último, dos jóvenes de alta talla, el cutis quemado por el sol, las mejillas ocultas por espesas patillas,

mirada altiva, arrogante, demostrando una impertinente curiosidad. Orso había tenido tiempo de olvidar las fisonomías de las gentes de su pueblo; pero la vista del viejo de gafas verdes despertó de repente en su espíritu antiguos recuerdos. Su presencia siguiendo al prefecto bastaba para hacersele reconocer. Era el abogado Barricini, el alcalde Pietranera, que venía con sus dos hijos á presenciar la representación de una *ballata*. Sería difícil definir lo que pasó en este momento en el alma de Orso; pero la presencia del enemigo de su padre le causó una especie de horror, y, más que nunca, se sintió accesible á las suposiciones que largo tiempo había combatido.

Por lo que respecta á Colomba, á la vista del hombre á quien había jurado odio mortal, su móvil fisonomía tomó en seguida una expresión siniestra. Palideció; su voz se hizo ronca, el verso empezado expiró en sus labios... Pero en seguida, continuando su *ballata*, prosiguió con vehemencia:

«Cuando el gavilán se lamenta—ante su nido  
»vacío,—los estorninos revotean alrededor,—in-  
»sultando su dolor.»

Al llegar aquí se oyó una risa ahogada; eran los dos jóvenes recién llegados que encontraban sin duda muy atrevida la metáfora.

«El gavilán despertará;—desplegará sus alas—¡y lavará su pico en sangre!—Y tú, Carlos-Bautista, que tus amigos—te dirigen su último adiós.—Sus lágrimas han corrido bastante.—Sólo la pobre huérfana no te llorará.—¿Por qué te lloraría ella?—Tú te has dormido tranquilamente—en medio de tu familia—preparado á comparecer—ante el Todo-Poderoso.—La huérfana llora á su padre,—sorprendido por indignos asesinos,—herido por la espalda—su padre cuya sangre es roja—bajo el montón de hojas verdes.—

Pero ella recogió su sangre,—aquella sangre noble é inocente;—la derramó por Pietranera—para que se convirtiese en mortal veneno.—Y Pietranera quedará marcada,—hasta que una sangre culpable—haya borrado la traza de la sangre inocente.»

Al terminar estas palabras, Colomba se dejó caer sobre una silla, cubrió su rostro con su *mezzaro* y se le oyó llorar. Las mujeres llorando rodearon á la improvisadora; algunos hombres echaban miradas feroces al alcalde y á sus hijos; algunos viejos murmuraban contra el escándalo que habían ocasionado con su presencia. El hijo del difunto se abrió camino y se disponía á rogar al alcalde se marchase lo más pronto posible; pero éste no hubiese oído la invitación. Ganaba la puerta y ya sus dos hijos estaban en la calle. El prefecto dirigió algunas frases de consuelo al joven Pietri, y les siguió casi en seguida. Orso, se aproximó á su hermana, le cogió el brazo y la llevó fuera de la sala.

—Acompañadlos, dijo el joven Pietri á algunos de sus amigos. ¡Tened cuidado de que no les suceda nada!

Dos ó tres jóvenes pusieron precipitadamente sus estiletes en la manga izquierda de sus chaquetas, y escoltaron á Orso y á su hermana hasta la puerta de su casa.



C  
r  
C  
  
h  
m  
si  
ve  
se  
ve  
  
»v  
»s  
  
los  
sin  
«  
—j  
Ba  
adie  
lo l  
llora  
te—  
rece  
ra á  
nos,  
gre

